

LUNA PAREDES

DALE A LA LENGUA

Trucos para hablar y escribir bien

Prólogo de Isaías Lafuente

Epílogo de Pilar García Mouton



ESPASA

ÍNDICE

PRÓLOGO, por Isaías Lafuente	13
INTRODUCCIÓN	17
1. MENOS QUE PALABRAS: LAS LETRAS	21
1.1 SOMOS VEINTISIETE (AHORA)	21
1.2 <i>CHE</i> , NO ME RAYES	26
1.3 NUESTRA <i>EÑE</i>	31
1.4 UNA LETRA MUDA	34
1.5 <i>BE</i> Y <i>UVE</i> : UNA CUESTIÓN DE FORMA	39
1.6 ATENCIÓN, <i>ATENSIÓN</i>	44
1.7 QUE ME LÍO. YA ME LIE	49
1.8 SÍ-LA-BA	54
1.9 LETRAS, CON MAYÚSCULAS	57
1.10 LAS LETRAS SUENAN	62
2. LAS PALABRAS	69
2.1 LA TILDE Y EL ACENTO	69
2.2 SOLO MONOSÍLABOS	74
2.3 EL GÉNERO, LA GÉNERA	78
2.4 LAS MUJERES TRABAJAN	83
2.5 PLURALIDAD, ANTE TODO	87
2.6 VIVA LA <i>PIZZA</i>	92
2.7 UNA LENGUA <i>CUM LAUDE</i>	97

2.8	DE (IM)PROPIEDAD PÚBLICA	102
2.9	PALABRAS Y <i>PALABROS</i>	107
2.10	DIME TU NOMBRE	112
3.	CON LAS PALABRAS: ESTRUCTURAS	117
3.1	JUNTAS Y SEPARADAS	117
3.2	REDUNDANTEMENTE REDUNDANTES	122
3.3	DETRÁS DE MÍ	127
3.4	¿QUÉ LA PASA?	131
3.5	DEBER Y DEBER DE: HAGAMOS LOS DEBERES ...	137
3.6	QUÉ DE QUÉ, DEQUEQUÉ	142
3.7	Y TÚ <i>CONTESTASTES</i> QUE NO	146
3.8	HAY MUCHOS PROBLEMAS	152
3.9	HABLANDO, QUE ES GERUNDIO	156
3.10	<i>HEY, HO, LET'S GO!</i>	163
4.	ENTRE LAS PALABRAS: SIGNOS Y SÍMBO- LOS	169
4.1	NO TE COMAS LAS COMAS	169
4.2	Y PUNTO	175
4.3	CARITAS Y GUIÑOS	180
4.4	¿¡CÓMO...!?	185
4.5	ENTRE PARÉNTESIS	190
4.6	ABRO COMILLAS	195
4.7	ABREVTURS.	200
4.8	EEUS (ESTO ES UNA SIGLA)	206
4.9	SÍMBOLOS	211
4.10	CIFRAS Y LETRAS	215
5.	MÁS QUE PALABRAS: LA COMUNICACIÓN	221
5.1	CÓMO NOS COMUNICAMOS	221
5.2	TÚ SABER GRAMÁTICA	227
5.3	MAGIA CON LA LENGUA	231
5.4	EL TEXTO ESCRITO	236
5.5	RESALTANDO SIN PARAR	243
5.6	CURSIVA	247

ÍNDICE	11
5.7 REvisa y corrige	253
5.8 Gestitos	257
5.9 Los señores de la RAE	263
5.10 Ni lo duces	269
EPÍLOGO, por Pilar García Mouton	275
ÍNDICE DE MATERIAS Y TEMAS	277

PRÓLOGO,

por Isaías Lafuente

Antes de darle a la lengua, desconocido lector, levanta la mano si has leído a lo largo de tu vida un manual de instrucciones de cabo a rabo. Manifiéstate si has revisado un prospecto antes de tomar un paracetamol o una aspirina. No te preguntaré por la letra pequeña de aquella hipoteca que un día firmaste, no quiero hurgar en la herida... Apostaría sin riesgo parte de mi patrimonio a que formas parte del nutrido ejército de personas que nunca lo han hecho. Que nunca lo hemos hecho. Y si, por casualidad, te atreviste y aceptaste el reto en su día, apostaría la parte restante a que necesitaste pedir ayuda para entender las instrucciones del manual o quizás tuviste que tomar una pastilla del analgésico tras leer el prospecto para combatir las consecuencias del esfuerzo. No tengas cargo de conciencia. Manuales y prospectos son un tostón, una tabarra, una lata, un auténtico truño. Solo buceamos en ellos, con más resignación que pasión, cuando no nos queda más remedio.

Siento decirte que lo que tienes entre tus manos es un manual de instrucciones, pero no te asustes. Este es especial, divertido, curioso y apasionante, como divertida, curiosa y apasionante es la herramienta sobre la que habla: la lengua, el mejor invento que el ser humano ha creado en toda la historia. Como la utilizamos desde que tenemos uso de razón, quizás no le demos la importancia que merece. Pero deberíamos ser conscientes del privilegio que tenemos al poder disfrutarla. Muchos seres que nos

precedieron, remotamente parecidos a nosotros, nacieron, crecieron, maduraron y murieron sin haber podido pronunciar una sola palabra. No existían.

Nuestros antepasados tardaron cientos de miles de años en fabricarla, en un empeño colectivo y anónimo. Nunca sabremos quién o quiénes tomaron conciencia de que los sonidos que brotaban de la garganta, meros gruñidos, podrían articularse hasta construir palabras con las que ir nombrando el mundo que los rodeaba, ese Macondo primigenio en el que todas las cosas carecían aún de nombre y solo podían ser mencionadas señalándolas con el dedo. Nunca podremos poner nombre a los inventores del verbo, motor de esta prodigiosa herramienta, ni a los creadores de sustantivos, artículos, pronombres, adjetivos, adverbios... accesorios imprescindibles que no vinieron de serie. Ni a quienes dibujaron después esas palabras, con sus puntos y sus comas, para que no se las llevase el viento. Ni conoceremos a quienes, más tarde, jugando con las palabras creadas, inventaron todo tipo de figuras retóricas que dieron color a la lengua.

Los académicos llegaron mucho, muchísimo después, para poner orden en esa creación, extraer sus normas e intentar explicarlas. Y de su monumental empeño surgieron los diccionarios, las gramáticas y las ortografías. Cuando un niño o una niña de hoy comienza a acercarse a ellos en la escuela descubre que ya los conocen en parte, porque sabe hablar. Ha aprendido a hacerlo por imitación, con una extraordinaria intuición y con una lógica aplastante. Por eso este pequeño hablante dirá que algo no le *cabío* en la mochila, que tal alimento le *sabió* mal, que suspendió el examen que *hació*. Así que una parte de lo aprendido tendrá que desaprenderlo a partir de entonces, porque la lengua tiene sus trampas, encarnadas en excepciones que nos complican un poco la vida y que hemos ido acumulando en los sucesivos aluviones de lenguas de las que es heredera la nuestra.

Luna Paredes nos invita, te invita, a revisitar esta apasionante historia para entender mejor el presente de nuestra lengua, porque no solo pretende que recuerdes lo que te enseñaron en las aulas: intenta que lo comprendas de una manera diferente. Usa

para ello las armas que ha ido acumulando y manejando a lo largo de su vida como actriz, como docente y como divulgadora. Y como está convencida de que comunicar es dialogar, ella dialoga contigo, consigo misma, hasta con las palabras y las letras sobre las que habla. A través de ese diálogo irás cimentando certezas que no son dogmas y te surgirán dudas que no siempre se resolverán. Porque la lengua, como código comunitario, requiere reglas compartidas, pero como creación colectiva está sometida a los designios y los vaivenes de sus soberanos: los hablantes. Por eso la lengua evoluciona y las normas cambian, por eso no hablamos latín.

Bueno, esta afirmación es apresurada. En realidad, sí que hablamos algo de latín, cosa que también te demostrará Luna. Y parte de las complicaciones que tiene nuestra lengua, que también te explicará, provienen de que quienes nos precedieron no quisieron desprenderse del todo de la herencia recibida. También manejamos la lengua de Cervantes, por supuesto, pero no hablamos ni escribimos como él. Es más, si repasásemos el manuscrito de *El Quijote* tras leer el libro de Luna Paredes, sacaríamos los colores a su autor por lo que hoy consideramos faltas de ortografía. Y no porque escribiera mal, evidentemente, sino porque escribió su obra en un idioma que aún estaba madurando y dudaba.

Cada cinco minutos suenan las trompetas del Apocalipsis sobre el futuro de nuestra lengua y se nos anuncia su peligro de extinción. Pero la brillante realidad contradice a los grises agoreros. Nunca en la historia tantas personas han hablado, han escrito y han leído en español como ahora. Nuestro idioma, que durante siglos estuvo en manos de unas élites, se ha extendido y se ha democratizado. La educación ha contribuido a que el analfabetismo sea ya historia. Y las redes permiten hoy que el suave susurro de un individuo pueda oírse o leerse en cualquier rincón del planeta. En ese coro virtual, sí, conviven la excelencia y la mediocridad, la inteligencia y la estulticia, el ingenio y la grosería, el buen humor y la zafiedad, el cuidado y el desaliño... Pero si seguimos el camino que nos señaló Machado y desdeñamos el coro de los grillos y a los tenores huecos y somos capaces de distinguir las